

FRANCIA: HACIA EL DUELO IZQUIERDA-DERECHA

SALTANDO un poco sobre el tiempo —y sobre tantas posibles sorpresas, combinaciones, circunstancias como pude haber—, se presenta ya el gran espectáculo final de las elecciones presidenciales de Francia, en el segundo turno del 19 de mayo: Chaban-Delmas contra Mitterrand. Derecha contra izquierda. Una derecha clásica, con menos disfraz de centrismo, de nacionalismo, de eternidad, de —en una palabra, aunque sea bárbara— degollismo del que quiera tener, frente a una izquierda tan clásica como no se había vuelto a ver en Europa desde antes de la segunda guerra mundial: con algo más de frente popular de lo que quisiera decir. Son disimulos propios de nuestro tiempo, que teme más a las palabras y a sus cargas históricas, de propaganda y contra-propaganda, que a los hechos. La derecha no se atreve a decir su propio nombre, el frente popular oculta que lo es.

PARA suponer este gran final, tenemos que calcular que el reflejo defensivo del conservadurismo francés va a centrarse en el candidato más posible, en Chaban. Ha dicho éste de sí mismo que es el candidato mejor situado para «cerrar el camino a la coalición social-comunista», para «cerrar el camino al avance del partido comunista francés hacia el poder, esta vez, a través del partido socialista», y parece que no es sólo él quien lo cree. Los otros candidatos de la derecha no han utilizado esta prosa combativa, no han desenterrado el hacha de la guerra anticomunista. La única gran sombra que se proyecta sobre Chaban, en su camino hacia el primer turno (contando con que Edgar Faure mantenga su retirada, lo cual no es seguro) es la de Giscard d'Estaing. Podría llegar el tercero en la carrera del primer turno. Porque los dos primeros serían Mitterrand y Chaban. (¿En qué orden?). Mitterrand cuenta con los numerosísimos votos del partido comunista francés, con los varios partidos socialistas. Los sindicatos le apoyan. Y no sólo los de su disciplina —Force Ouvrière, de origen socialista; C. G. T., de origen comunista—, sino también los independientes de una obediencia política directa, como el CFDT. La masa de votos que Mitterrand y Chaban pueden movilizar para cada uno de ellos, que no hay que descontar del todo la idea de que uno de ellos resultase elegido en el primer turno, por una mayoría absoluta. No es lo probable. En el primer turno, el elector dejará más en libertad sus matices personales, sus preferencias, y la lista de candidatos es lo suficientemente amplia como para que encuentre bastantes aproximaciones a su manera íntima de pensar. Sin embargo, esta discrepancia de matices va en contra, principalmente, de Chaban-Delmas. La gran izquierda tiene un candidato único (aun con las disidencias de los «grupúsculos», con la competencia de algún moderado, de algún centrista), y el juego de los matices está a la derecha. Con cierta lógica, Mitterrand debería ser el candidato con mayor número de votos en el primer turno; Chaban, el segundo, lo cual no prejuzgaría el resultado final, que dependerá de cómo se polaricen en ellos los de los candidatos menores, y de cuantos puedan pasar al segundo turno; y de los que puedan retirarse después del primer turno.

UN número bastante elevado de incógnitas y de eventualidades. No tan fuerte, sin embargo, como para hacernos abandonar la hipótesis inicial, que sigue siendo la más probable: la de un segundo turno de Chaban contra Mitterrand. Cada uno de ellos resume, a estas horas, las grandes opciones que se ofrecen al electorado.

DERECHA contra izquierda... Un final clásico que no se juega hace tiempo en Europa (el encuentro laboristas-conservadores en Gran Bretaña tiene otro sentido). Pero, ¿qué izquierda, qué derecha?

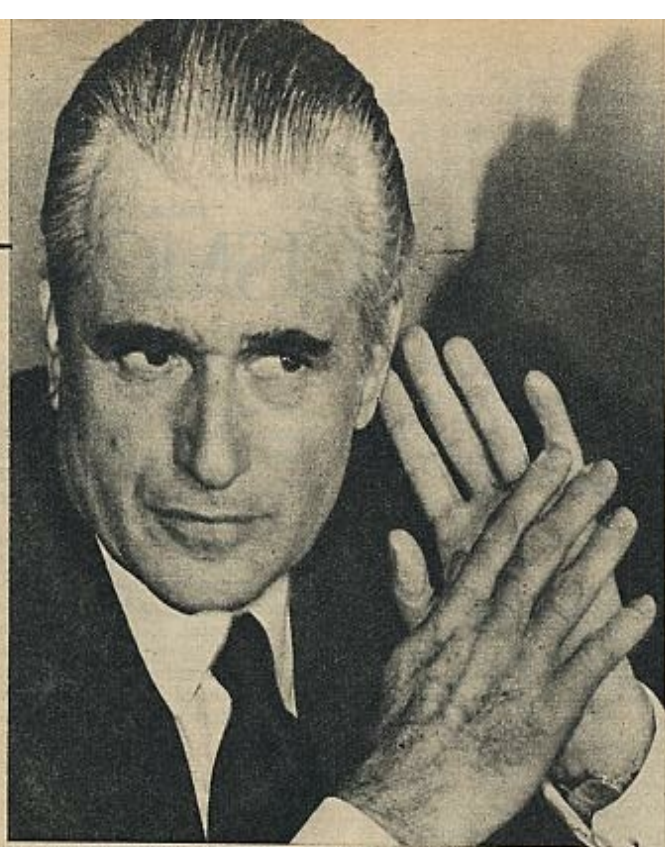
SE ve cuál es el juego de Chaban. No acepta la etiqueta de derechas, aunque le sienta como un guante. Se presenta como de centro, incluso como de centro-izquierda: «Las reformas que he hecho adoptar durante los tres años que he sido primer ministro van en el sentido de las reivindicaciones de la izquierda. Mi credibilidad cuando digo que continuaré en ese camino no debe ser puesta en duda». Por consiguiente, evita siempre que puede utilizar el término «izquierda» para designar a sus enemigos: son los «social-comunistas»; a medida que su campaña avanza son solamente los comunistas. Más aún: son los «totalitarios», y Mitterrand pretende implantar «una dictadura». Lo que está en juego es «la libertad». Alusiones a Praga, a Budapest, a Soljenitsin... Poco a poco, en el rostro de Mitterrand dibujado por su enemigo van apareciendo los bigotes georgianos de Stalin. Una apertura de campaña clásica. A primera vista podría juzgarse que todo esto es demasiado primario, demasia-

do burdo y demasiado antiguo como para representar algo. Nada más lejano de la realidad. La política es un oficio sin sutilezas, de características bastante groseras. Chaban sabe bien cuál es su público y lo que quiere oír.

FRENTE a este enemigo, ofrece una «Nueva Sociedad». Es su vieja frase. No hay que olvidar que Chaban es uno de los muchos políticos kennedyanos que surgieron en Europa en la época de la «Nueva Frontera», de la moda Kennedy. Tenía algunas características para ello: su pasado de héroe de la Resistencia, su aspecto de eterno joven, su afición al tenis. Acomodó su retórica a la ocasión, y cuando fue primer ministro, lanzó la idea kennediana de la «Nueva Sociedad», y la recupera ahora: se presenta «para reemprender en el punto en que fue interrumpida la Nueva Sociedad». «Es decir —explica—, una sociedad más justa, más humana». Y «más justa y más libre». Porque «toda operación política, económica, social, cultural, no tiene sentido mas que si se encamina hacia el desarrollo del ser humano y, en primer lugar, de los más desfavorecidos». ¿Cómo va a realizarla? En primer lugar, luchando contra el crecimiento de los precios. «La tarea más urgente es evidentemente la de la lucha contra el alza de los precios, porque aumenta las desigualdades en lugar de evitarlas». Dominar la crisis, planificar la reorientación de la economía. En el exterior, una cierta continuidad con respecto a Pompidou —o, por lo menos, en la campaña no es conveniente anunciar la reconversión de lo que parece gustar a la mayoría—: reconstrucción europea y fidelidad a la alianza atlántica y amistad con los Estados Unidos, pero manteniendo «la libertad de las decisiones»; entendimiento

Contrariamente a lo que ocurre con las derechas, las izquierdas aparecen unidas, cara a las elecciones, bajo la figura de François Mitterrand. El secretario general del PSF, viejo sabueso de la política, ha sido acusado por algunos de aventurerismo político.





Chaban se ha autodefinido como el candidato mejor situado para «cerrar el camino a la coalición socialista-comunista». La única gran sombra que se proyecta sobre este político europeo de estilo kennediano en el camino hacia el primer turno es la de Giscard d'Estaing.

con la URSS y los países del Este, profundizar los lazos con los árabes, «reinventar» la ayuda a los países subdesarrollados.

ALGUNOS, como Fabre-Luce —enemigo, sin embargo, de Mitterrand— han creído escuchar en estas palabras «el chasquido del látigo del domador». Chaban pasó, en los tiempos de su gobierno, por ser duro y autócrata. Pide la confianza de todos, pero «las cuestiones de confianza personal son muy delicadas cuando se trata de una personalidad sobre la cual corren rumores (...). Hay que tener siempre cuidado con las insinuaciones. Se debería, incluso, callar aquello que se cree saber sin poderlo probar. Me limitaré, por tanto, a los hechos públicos que han situado a Chaban como un hombre de negocios y como un contribuyente igualmente ingenioso». A lo que alude Fabre-Luce es a la acusación —lanzada por el «Canard Enchaîné», ampliamente comentada entonces por toda la prensa— de una ocultación de impuestos y de unos negocios personales de Chaban, primer ministro; se dijo que aquéllas fueron las razones por las cuales Pompidou prescindió de él.

RUMORES de toda índole han corrido siempre sobre François Mitterrand. Sobre todo, los de aventurero político. Se le ha llamado «el Florentino»; se ha dicho de él que fue «el hombre más calumniado de la IV República», que ha aprovechado todas las ocasiones para saltar sobre el poder, que ha rehecho una y mil veces su ideología política... Tiene de común con Nixon este rasgo: cada vez parece definitivamente hundido, derrotado; y cada vez reaparece con más fuerza. Once veces ministro, nunca presidente del Consejo. Ha servido a presidentes del Consejo de las más diversas procedencias. Mitterrand tuvo, en uno de sus eclipses, una idea fecunda: recoger el desecho de la izquierda no comunista. El partido socialista clásico, deshecho por las combinaciones de posguerra, por su conformismo, estalla de divisiones, de rencillas. Le dominaba el dogma anticomunista. François Mitterrand se convirtió al socialismo. Poco a poco fue sustituyendo a los políticos clásicos del partido, reorganizándolo, haciéndole más abierto. No se conformó con la eficacia práctica, sino que quiso darle doctrina: escribió libros, ensayos, de doctrina socialista. Rompió los viejos tabús del partido y lo inclinó a la antes maldita alianza con el comunismo sobre puntos «humanistas»: pero siempre manteniendo sus distancias, señalando también sus puntos de vista sobre Praga o sobre Soljenitsin, para no asustar al burgués. Osó de esta manera presentarse, en las elecciones presidenciales, contra De Gaulle; y cuando todos le auguraban el desastre, se llevó diez millones y medio de votos, el 46 por 100 del electorado.

LO que ofrece ahora a los franceses se centra en cinco temas: la libertad, la justicia, el fortalecimiento de la moneda, la fraternidad entre todos, la mayor presencia de Francia en el mundo. Los términos generales son muy similares en todos los candidatos.

EL tema de la libertad le parece muy importante. Puesto que su enemigo le ataca como totalitario y dictatorial, como enemigo de la libertad, debe hacer hincapié en todo lo contrario. «Es ya hora —dice— de restituir a las libertades su fuerza y su irradiación, de garantizar los derechos de todos los franceses y, sobre todo, el derecho de los demás»; pretende redactar una «Carta de la Libertad», que sería aneja a la consti-

tución, como lo fue la de los derechos del hombre en la constitución revolucionaria. Una constitución que habría que rehacer: la actual está «fatigada». No será dictador, o lo será menos de lo que han sido los anteriores presidentes, con arreglo a la constitución vigente, o lo que pretende serlo Chaban mediante ella: «Es preciso que el presidente de la República sea el primero en el Estado, pero no el único en el Estado. Debe ser el primero de los ciudadanos, sometido como los otros a las obligaciones cívicas». No pretende nacionalizaciones: «no condenamos la noción de beneficio»; pero el beneficio no debe regular todo el juego económico. La inflación es «una subvención para las grandes fortunas, y un impuesto para los pobres». Es una campaña defensiva: frente a los tópicos anticomunistas, defiende la novedad de la unión de la izquierda. Por ejemplo, no es antieuropeo; pero en el programa común se dice ya que Europa no ha de ser la de las empresas, la de los ricos, sino de todos: la de los sindicatos, la de los consumidores. Tampoco sacará a Francia de la Alianza Atlántica; pero esta Alianza habrá de servir más a Europa que a los Estados Unidos. A los que le acusan de romper o de pretender romper la «continuidad» de Francia en los últimos años, responde con su fidelidad a la «inmensa continuidad» de la historia de Francia, de la «historia de los trabajadores»: precisamente estos últimos años habían roto tal continuidad.

LA campaña de Mitterrand está, naturalmente, mantenida por la campaña del partido comunista, en tanto que tal (dentro de la Unión, cada partido conserva su fisonomía). La está llevando el secretario general, Georges Marchais. Defiende un «cambio razonable», en el que se dé prioridad al pleno empleo y a las medidas sociales. Cambio razonable, también, en las instituciones. «No estamos ya en los tiempos de los hombres providenciales que se apoyan sobre gabinetes que escapan a todo control popular. Se trata ahora de un reparto justo, de un equilibrio correcto de los poderes entre las distintas instituciones. El presidente de la República debe cuidarse de las grandes instituciones nacionales, sin ejercer un poder personal exorbitante». No ataca a la Alianza Atlántica, pero sí a la dirección de Washington. Y se alza contra la «force de frappe», contra la bomba atómica francesa, aunque «dotando al ejército de la nación de los medios necesarios para la seguridad del país» (en estos días se advierte una aproximación del partido socialista al ejército, una seguridad de que la institución militar va a ser totalmente respetada.)

EN estos términos generales está, ahora, el juego. Una derecha que se presenta como izquierda, una izquierda que pretende reanudar las tradiciones burguesas de la IV República —y de la historia—, sin recordar el frente popular de antes de la guerra. Sin mencionar ni una sola vez las palabras revolución, nacionalización; sin citar a Marx.

Este salto sobre el tiempo es excesivo. Aún hay candidatos que pueden retirarse; otros que puedan presentarse. Muchas cosas pueden suceder; entre ellas, algo tan trascendental como un primer turno, que dirimirá muchas cuestiones, y que puede llegar a echar abajo al propio Chaban-Delmas. Es, sin embargo, difícil resistirse a la fascinación que ejerce la hipótesis del enfrentamiento final entre los dos hombres más briosos en la política clásica francesa.